

—sino por sus efectos en la salud y el goce físico y mental; y que el poder se ejercite para garantizar al niño la permanencia de estos dones. Cada hombre dedicará a la niñez su cuarto de hora, éste haciéndola confidente de sus artes, aquél el testigo de su destreza, y todos el objeto de su solícita simpatía; ¿no creéis que una sociedad así constituida, apartada de toda otra influencia produciría prodigiosos Emilios?

Todos reímos hoy de la utopía de Rousseau, que pretendía formar hombres, que son, ante todo, seres sociales, lejos de todo posible contacto con el prójimo. Tanto valdría enseñarle la natación fuera del agua. Pero no nos burláramos del que preconizase la misma reclusión en forma colectiva, y pusiese a los niños en contacto de gentes pertenecientes a un tipo superior, el tipo de los hombres-niños, dispuestos a vitalizar con un intenso humanismo las convenciones de la existencia y que ofrecieran al mismo tiempo a la infancia un pequeño cosmos donde ejecutar la gimnasia integral de las virtudes sociales en el trato constante del prójimo.

Chautauqua es precisamente ese sitio ideal, una sociedad de personas para quienes la vida no oculta ninguna de sus excelencias y que, sin embargo, no han perdido el candor primitivo, la sencillez y la reverencia por las virtudes cardinales de la vida. La sabiduría coexiste con la

modestia, la riqueza con la sencillez, la religión con la tolerancia, el refinamiento social con la democracia. Este es el ambiente en que los instintos del niño no sufren un rudo choque, y por eso Chautauqua ha sido adivinada por numerosos padres como lugar privilegiado para la educación de sus hijos. De las doce mil personas que acuden a ella durante el verano para dar a esta curiosa comunidad su vida efímera de tres meses, una gran parte lo hace sólo por el beneficio exclusivo de sus niños.

En una comunidad tal, en que imperan principios de mutua consideración y simpatía, más refinados y verdaderos que en otro sitio alguno, se concibe que el propósito ya mencionado que traen algunos padres encuentre deferente cooperación de parte de los extraños. Es dignificante, créalo usted, el espectáculo de una población de 12.000 almas, cuidadosa del ejemplo que dan a los niños ajenos... ¿Qué expresión de la solidaridad social podría hallarse más hermosa que esta cooperación desinteresada del ciudadano, que empieza por refrenarse a sí mismo a fin de dar el buen ejemplo al hijo de su vecino? Una ciudad en que así priman los intereses de la infancia es, en verdad, cosa nueva y que honra a la raza de los hombres. Y ya veremos qué frutos deliciosos rinde ese amistoso consorcio de las edades.

La ley del número

III

¿Comprendes, lector, cómo se genera y desenvuelve la preocupación? ¿Sondeas ahora toda la extensión del mal? ¿Penetras hasta el fondo de este fetichismo por el número que labra todas nuestras desdichas? ¿Adviertes el lento trabajo de la gota de agua que cae en nuestro ce-

rebro desde que nacemos hasta que morimos y que perpetúa la superstición y la agranda hasta asfixiarnos?

Si no eres masa muerta para la razón, comprenderás también por qué se nos enseña como axiomático el principio de la lucha entre los humanos, que arroja a los hombres los unos contra los otros como a fie-